



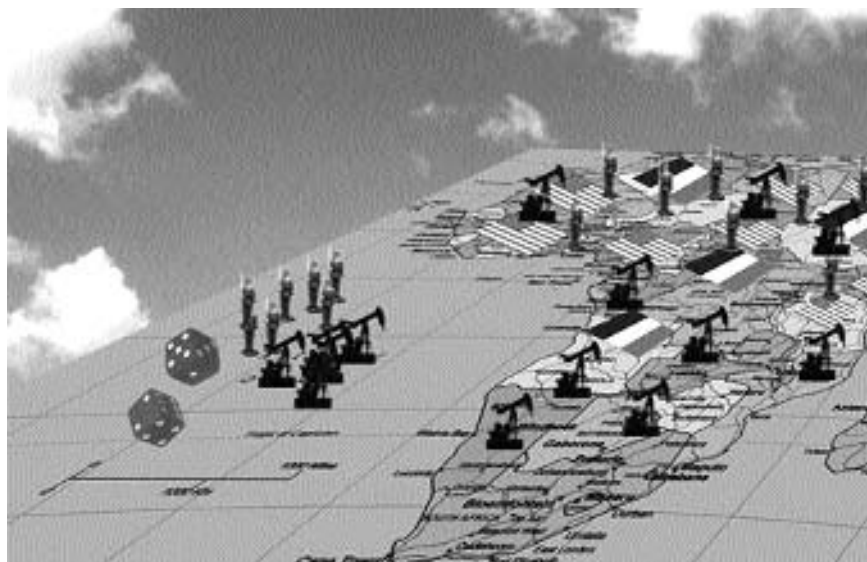
DOCUMENTOS

del

OCOTE ENCENDIDO

Nº 40

ENERO 2006



ÁFRICA, la tercera colonización

Comités Oscar Romero

C/ José Paricio Frontiñan s/n - 50.004 - Zaragoza D.L.Z. 147-89

PRESENTACIÓN

África es la gran olvidada. Y cuando nos acercamos a ella desde nuestro mundo desarrollado lo hacemos cargados de clisés que ocultan la verdadera realidad del continente. Con frecuencia nos quedamos en la penosa imagen del niño hambriento, las guerras supuestamente tribales y la ayuda humanitaria. Pero África es, en palabras de Oscar Mateos, miembro de "Cristianismo y Justicia", "un hervidero de vida, movimiento, capacidad de respuesta e iniciativas, que pasan inadvertidas e invisibles a los ojos de la historia moderna".

Desde los Documentos del Ocoté Encendido queremos hacer visible la realidad de África contribuyendo a la difusión de análisis que facilitan la comprensión de esta tierra, de testimonios que dan fe de la vida y de la muerte, de la esperanza y del sufrimiento de los pueblos de este continente y de denuncias que ponen en evidencia el enmarañado laberinto de injusticias, violencias y complicidades que provoca millones de víctimas entre la población africana.

La realidad africana actual sólo puede comprenderse desde el conocimiento de una historia de siglos de maltrato y expolio, esclavitud y colonización, rapiña y violencia... y desde el análisis del actual entramado que, compuesto por potencias internacionales, transnacionales, élites locales, gobiernos corruptos, señores de la guerra, organismos intergubernamentales, etc., trata de perpetuar hoy tantas injusticias aunque sea asumiendo nuevas formas.

Con este objetivo, presentamos diferentes materiales. En primer lugar, el artículo de Gerardo González Calvo, redactor-jefe de la revista "Mundo Negro", titulado "África, la tercer colonización", en el que mantiene la tesis de que en la actualidad el continente africano está sufriendo la tercera gran invasión por parte del mundo desarrollado, tras la colonización del siglo XIX y el neocolonialismo del XX, esta vez con el protagonismo singular de las transnacionales y los organismos internacionales (FMI, OMC, etc.) y con la injerencia de las grandes potencias, esta vez con la participación cada vez mayor de los Estados Unidos que tratan de arrebatar su influencia en el continente a las tradicionales potencias coloniales europeas.

El segundo documento es el testimonio, a modo de carta, de un inmigrante africano que se dirige a la sociedad española. Cierran este número, la presentación de la Campaña por la Paz en la República Democrática del Congo, promovida por la Federación de Comités de Solidaridad con África Negra (Umoya) y una canción de Domingo Pérez perteneciente al libro-disco "África grita, el Congo grita" publicado el año pasado. La guerra del Congo, que ya se ha cobrado más de cuatro millones de víctimas desde 1998, es un ejemplo que ilustra la realidad descrita por González Calvo. Para el Congo, como para tantos otros países africanos, su riqueza es su desgracia, pues el conflicto es fruto del intento de las grandes potencias y de un puñado de compañías de hacerse con el control del subsuelo del país, rico en oro, diamantes, cobre, colbalto, zinc, cadmio, uranio... y, sobre todo, el preciado coltán (colombio-tántalo) mineral escaso pero de gran valor para la tecnología militar, aeroespacial y de las comunicaciones.

Ante todo esto, dos chispas de esperanza: la cada vez mayor implicación de la población del primer mundo que descubre el poder que puede tener como consumidores responsables para intervenir también como agentes de cambio en la situación africana y el constante brotar de iniciativas de paz y conciliación, con estrategias y modelos genuinamente africanos, en medio de los más atroces y sangriento conflictos. Difundir estas refle-

África, la tercera colonización

Gerardo González Calvo

Al continente africano lo están agudizando, por tierra y por mar, de tal modo que parece un queso gruyère. Los países occidentales buscan afanosamente petróleo, para no depender tanto del Golfo Pérsico. China se ha sumado a esta desenfrenada carrera para conseguir más oro negro. Hay un nuevo asalto a África, que difiere muy poco de las conquistas del siglo XIX y del neocolonialismo a mediados del XX. Ante esta cruda realidad, las condonaciones parciales de la deuda externa, acordadas por el G-8 en Escocia, son un simple parcheo.

El misionero comboniano español P. Ismael Piñón comentó, al poco de llegar de Chad, que en este país empieza a haber de todo: zapa-tos, camisas, medicamentos, cerveza europea, pantalones, agua mineral... Circulan coches que nunca se vieron en un país que siempre había figurado entre los más pobres del mundo. Igual sucede en Guinea Ecuatorial. Chad y la antigua colonia española son dos de los nuevos países africanos incorporados a la lista de países productores de petróleo. Su PIB (Producto

Interior Bruto) ha subido al mismo ritmo que se extraen barriles del preciado oro negro. Poco antes que ellos llegó Sudán. Detrás vendrán otros muchos: desde el Sahara Occidental y Mauritania, hasta São Tomé y Príncipe, República Democrática de Congo, Costa de Marfil...

Esta fiebre del petróleo sobreviene al mismo tiempo que el interés de Estados Unidos por África. No hay que ser muy perspicaz para atisbar una pugna soterrada entre Francia y Estados Unidos por controlar el mercado de las materias primas africanas. La explosión de conflictos en los Grandes Lagos y la crisis de Costa de Marfil –la niña bonita de París– son buena prue-



ba de ello. Tampoco hay que echarle mucha imaginación para prever que, dentro de poco, en esta pugna titánica aparecerá un tercero en discordia: China. Yesto no por razones ideológicas, como en la época de la guerra fría, sino pura y simplemente por motivos económicos. El gigante asiático, con 1.300 millones de habitantes y una economía que crece al ritmo del 8 por ciento al año, necesita un inmenso consumo de energía para sostener su crecimiento. Actualmente, el mayor importador de petróleo del mundo es Estados Unidos, seguido de Japón y de China. Pronto China ocupará el segundo lugar.

África es la madre nutricia de la mayoría de las materias primas que hay en el mundo y vuelve a interesar por lo que siempre atrajo a Occidente: por sus recursos naturales. Sobreviene este asalto a África en un momento de gran fragilidad interna en la mayoría de los Estados, muchos de ellos cuarteados por el hambre, el sida y el mal gobierno. Nunca los Estados africanos fueron tan débiles, ni tan pobres. Ni nunca tampoco aparecieron tantos jefes de Estado tan ricos. Cada vez África se asemeja más a la América Latina de los Somoza y los Trujillo, es decir, a un continente en el que proliferan inmensas fortunas en pocas manos –guardadas con sigilo en los paraísos fiscales– y se incrementa la masa de desheredados.

De la colonización a la injerencia

Antaño se llamó colonización. Hoy se denomina injerencia, con marchamo de globalización, asentada sobre el todopoderoso andamiaje de institu-

ciones como el FMI(Fondo Monetario Internacional), el Banco Mundial, el AMI (Acuerdo Multilateral de Inversiones) y la OMC(Organización Mundial del Comercio). Estos cuatro jinetes sobrealimentan el neocolonialismo de nuevo cuño, para mantener el statu quo de un mundo bipolarizado:el Norte y el Sur, en el que el Norte es sinónimo de bienestar y consumo desaforado y el Sur de hambruna y pobreza.

Se empezó a hablar por primera vez de injerencia, calificada de humanitaria, cuando estalló en 1967 el conflicto de Biafra. Esta guerra olía a petróleo, por más que se tratara de envolverla en el celofán de una pugna étnica entre los ibos del sur y los hausas del norte de Nigeria. Es curioso observar que, cada vez que surge un problema bélico en África, se intenta presentar como una querrela tribal. Esta simplificación impide comprender el alcance del problema de fondo. Pues bien, el desastre biafreño costó un millón de vidas humanas. Ante esta catástrofe, un grupo de médicos franceses fundó en 1971 la ONGMedecins sans Frontiers (Médicos sin Fronteras), una plataforma que dio pie a la creación de numerosas ONGs que llevan el apelativo de “sin fronteras” (veterinarios, arquitectos, bomberos, ingenieros, etc.).

Entre los médicos fundadores de Medecins sans Frontiers se encontraba el Dr. Bernard Kouchner, que después detentaría diversas carteras –entre ellas la de Sanidad– en varios gobiernos franceses. Kouchner ha sido también representante especial del Secretario General de la ONU para Kosovo. Impresionado por la barbarie

en Biafra, lanzó la idea de la necesidad de una injerencia en los asuntos internos de los países por razones humanitarias. De ahí que se acuñara el término "injerencia humanitaria".

En principio, la intención era buena, porque se basaba en el criterio de que la neutralidad es complicidad, como de alguna manera habían demostrado los países no alineados. El problema era que la injerencia arrebató a los Estados parte de su soberanía, hasta entonces incuestionable. Pero a nadie se le podía ocultar que esta injerencia era un arma de doble filo y que, a la postre, iba a suponer la fragilidad de muchos Estados. Aparte de que la injerencia no se iba a usar con la misma vara de medir en todos los países. De hecho, así sucedió. La injerencia se convirtió en una nueva forma de dominio.

Bien mirado, en África no hacía falta apelar a la injerencia como nuevo concepto de relaciones internacionales, porque se practicó siempre una intervención sin remilgos después de las independencias, entre 1957 y 1975. Es decir, desde la independencia de Ghana hasta la caída definitiva del imperio colonial portugués en África. En este corto período de tiempo –18 años– se configuró casi totalmente el mapa de los Estados negroafricanos soberanos, que se completó con Zimbabue en 1980 y Namibia en 1990. La caída del régimen del apart-



heid en Suráfrica, en 1994 –que era independiente desde 1910–, dio paso al control político por la mayoría negra. La enorme cascada de golpes de Estado que ha padecido África ha estado alimentada, en la mayoría de los casos, por las antiguas metrópolis.

No menos visible ha sido la injerencia económica. Ni a Gran Bretaña, ni mucho menos a Francia –que eran las dos grandes potencias colonizadoras en África– se les pasó por la imaginación conceder la soberanía política a sus colonias africanas para que pudieran explotar y manejar libremente sus recursos económicos. El objetivo era otorgar la independencia política para seguir controlando mejor –eliminadas las presiones internacionales y acallados los movimientos independentistas– las cuantiosas materias primas del continente. El propio Charles De Gaulle lo señaló sin el menor rebozo. Se trató, por tanto, de una independencia no sólo otorgada, sino muy limitada, sometida a los intereses de las ex metrópolis.

Sucursales del poder colonial

Esta doble injerencia política y económica ha convertido a los países africanos en meras sucursales del viejo poder colonial. Las amarras son tan fuertes que cuando un dirigente intenta cortar alguna cuerda para liberarse de la presión, se encuentra inmediatamente con una revuelta bien organizada y armada hasta los dientes. Esto ocurrió en Congo-Brazzaville y más recientemente en Costa de Marfil.

Una mujer curtida en muchas batallas sociopolíticas, como Aminata Traoré, ex ministra maliana de Cultura y una de las fundadoras del Foro Social Africano, ha declarado que "a través de las instituciones financieras internacionales nuestros antiguos amos siguen decidiendo por nuestros pueblos, como en el pasado, con la diferencia de que nosotros ya no tenemos legitimidad para denunciarlos y condenarlos porque ahora pretendemos ser independientes. El voto que podría corregir tantas injusticias y aberraciones se ha convertido en una mascarada. Sólo se aprovechan de él los elegidos en las urnas, motivados por el control de los bienes públicos y de las instituciones para enriquecerse impunemente".

Aparte de esto, los países negroafricanos ni siquiera interesan para la implantación de empresas del Norte, en el actual proceso de deslocalización. Se implantan en países emergentes de Asia o

en los antiguos países del Este, incorporados a la Unión Europea. Una vez más, África queda relegada a mera suministradora de materias primas.

Déficit democrático

Este término lo empleó el actual presidente de la Unión Africana y jefe del Estado Federal de Nigeria Olusegun Obasanjo, refiriéndose a Costa de Marfil, durante la celebración del llamado acuerdo de Accra III, que tuvo lugar en la capital ghanesa los días 29 y 30 de julio. Pero, en rigor, podría aplicarse a la gran mayoría de los países africanos, empezando por la propia Nigeria.

Si observamos los sistemas políticos, en la breve historia independiente africana ha habido cuatro etapas. En la primera afloraron los "padres de la



patria", primera generación de dirigentes elegidos democráticamente: es la era de los Kwame Nkrumah, Felix Houphouët-Boigny, Sekou Touré, Julius Nyerere, Modibo Keita, Joseph Kasabuvu, Léopold Sédar Senghor... En la segunda se mantienen muchos de estos dirigentes y jefes de Estado militares, que han accedido al poder mediante un golpe de Estado: es la era de Joseph Ankráh en Ghana, Mobutu Sese Seko en el antiguo Zaire, Jean Bedel Bokassa en la Rep. Centroafricana, Idi Amín Dada en Uganda... Todos ellos tienen una característica común: prohíben los partidos políticos y crean un partido único, fundado por el propio jefe de Estado. Hubo entonces dos excepciones: Gambia y Botsuana, que mantuvieron los partidos políticos y las elecciones democráticas. Más tarde se unió a ellos el Senegal de Senghor.

En la tercera etapa, tímida y poco duradera, surgen algunos militares dispuestos a gobernar con honestidad: es la era de Jerry Rawlings, Thomas Sankara y la primera etapa de Samuel K. Doe. En la cuarta etapa, se produce la eclosión del pluripartidismo, al socaire de la caída del muro de Berlín y de los regímenes comunistas: es la era de los convertidos al pluripartidismo, con más o menos convicción, como Omar Bongo, Mathieu Kérékou, Kenneth Kaunda, Dennis Sassou-Nguesso, Paul Biya, Teodoro Obiang...

En medio de esta cuarta etapa se produce un fenómeno nuevo: el auge del bandolerismo y de milicias de diverso pelaje. Comenzó con las luchas en Liberia y se extendió a Sierra Leona, dos países instalados en el caos, en los que

se han cometido atrocidades inimaginables contra la población civil. Aparecieron, asimismo, los niños soldados y las niñas raptadas como esclavas sexuales. Este fenómeno se hizo igualmente pavoroso en el norte de Uganda, donde todavía pervive.

El auge del bandolerismo o de milicias con derecho a botín ha provocado, asimismo, un desmesurado crecimiento de armas en el África Occidental. Desde Liberia y Sierra Leona, una vez alcanzada la paz, hubo un creciente tráfico de armas hacia otras zonas calientes o en proceso de calentamiento, como República Centroafricana, norte de Camerún y Costa de Marfil. Nunca hubo tantas armas en circulación fuera de los controles estatales, armas empleadas también para robos y atracos. Según datos oficiales, en Ghana hay más de 40.000 armas fuera del control del Estado.

En los casi catorce años que dura ya la cuarta etapa, apenas ha cambiado la forma despótica de ejercer la política, aunque aparezca revestida de formalidad democrática. Incluso en algunos países como Guinea Ecuatorial, se actúa con el mismo talante de partido único. En casi todos existe una gran quiebra democrática. Y en algunos, como en Guinea Ecuatorial, la quiebra es una persistente bancarrota.

No es nada extraño que Jean-Paul Ngoupandé, ex primer ministro de la República Centroafricana, haya criticado con dureza el laxismo de los dirigentes africanos: "Más de cuarenta años después de la oleada de las

independencias de 1960 no podemos seguir imputando la responsabilidad exclusiva de nuestras desgracias al colonialismo o al neocolonialismo de las grandes potencias, a los blancos, a los negociantes extranjeros y no sé a quién más. Hemos de aceptar, de una vez por todas, que somos nosotros los principales culpables. El haber basculado hacia la violencia, el laxismo en la gestión del bien público, el robo a gran escala, el no saber aceptarnos entre etnias y regiones, todo esto tiene causas principalmente endógenas. El admitirlo sería el comienzo de la toma de conciencia y, por lo tanto, de la sabiduría”.

Bueno es, de todos modos, que asistamos en África a periódicas elecciones legislativas y presidenciales. En los últimos años se han producido muy pocos golpes de Estado. La democracia, con sus imperfecciones y carencias, se ha abierto paso en un continente demasiado acostumbrado al ruido de sables.

Frustración y nuevo dominio

Es evidente que la adopción del pluripartidismo no está resolviendo los problemas de convivencia y de desarrollo, entre otras razones porque no depende sólo del sistema. Mucho menos lo consiguieron los regímenes militares y los partidos únicos. Sí se detecta un vacío de poder real acompañado de dos factores preocupantes.

En primer lugar, el abismo cada vez mayor entre el poder y la población civil; ésta ha perdido la fe en sus dirigentes porque son incapaces de satisfacer sus necesidades vitales. La desafección entre el poder y los ciudadanos ha impulsado a éstos a arreglárselas como pueden, acabando muchos de ellos –sobre todo los jóvenes– en las rutas imprevisibles hacia una Europa mítica y opulenta. Antaño los jóvenes africanos que venían a Europa era para matricularse en las universidades. Hoy llegan –muchos de ellos en pateras– para encontrar cualquier trabajo que no deseen los europeos. Son los boat-people del desengaño y de la frustración.

En segundo lugar, el asalto de las multinacionales para instalarse a sus anchas en los sectores claves de la economía. Las multinacionales son ahora la correa de transmisión de las antiguas metrópolis y de Estados Unidos, que ven en África una parcela privilegiada para abastecerse de hidrocarburos y de minerales estratégicos.



cos, imprescindibles para mantener su desarrollo económico y tecnológico. Estados Unidos interviene ya sin tapujos en muchos países africanos. De ahí las frecuentes visitas del anterior Secretario de Estado, Colin Powell, a varios países africanos y su interés en resolver conflictos como el de Darfur, en Sudán. En otras ocasiones, como ha sucedido en la República Democrática de Congo, los azuza, sirviéndose de terceros países –Uganda y Ruanda– para sacar el mayor provecho del caos.

Es preocupante, además, ver la apatía reinante en las universidades africanas, que deberían ser el caldo de cultivo de unas nuevas generaciones, bien preparadas para renovar las Administraciones Públicas y los mismos partidos políticos, copados por viejos sabuesos que han servido sin escrúpulos a los partidos únicos y a los regímenes militares. Se ha pasado sin solución de continuidad del despotismo al pluripartidismo; pero no se han acometido transiciones democráticas con renovación de los aparatos de los partidos. Están, a la postre, los mismos perros con distintos collares, hechos a la medida de sus intereses.

De ahí que asistamos incluso en muchos países al espectáculo de un cambio en la cúpula de los partidos mayoritarios con personas que frisan o rebasan los setenta años. Esto ha sucedido en Kenia, Seychelles, Malawi y en Namibia, donde el sucesor de Sam Nujoma es Hifikepunye Pohamba, que cuenta con 68 años; Nujoma tiene 75. Se cambia para que todo siga igual. Por otra parte, en pocos lugares del mundo existen tantos jefes de

Estado con tantos años al frente del poder.

Mientras esto sucede, aumenta el número de jóvenes desocupados, aunque posean estudios superiores. Cerradas las puertas de las Administraciones públicas y del poder político, muchos de estos jóvenes se concentran en las grandes ciudades, desanimados y abatidos. Su futuro no es nada halagüeño. Muchos de ellos no pueden casarse, porque no disponen de medios económicos para celebrar la boda. Su hipotético destino es algún país vecino o Europa.

Paralelamente, aumentan en Occidente africanos doctorados en diversas disciplinas que ni se plantean la posibilidad de volver a sus países de origen. Esta fuga de cerebros está causando un daño irreparable al África moderna, máxime en esta era de revolución tecnológica. En la actualidad hay 250.000 africanos profesionales, personal cualificado, licenciados, ingenieros, expertos en nuevas tecnologías, médicos y enfermeros trabajando fuera de África. El ministro de Defensa de Ghana, Kwame Addo Kufuor –ex oficial médico y presidente de la Asociación de Médicos de Ghana–, declaró a primeros de agosto, durante un congreso sobre salud, que Ghana podría perder casi 25 millones de dólares hasta el año 2006, si prosigue la fuga de médicos a países extranjeros. Esos 25 millones de dólares es lo que cuesta al Estado formar a 400 médicos.

Esto contribuye también a que, una vez más, un continente como el africano quede relegado a un simple y

mero suministrador de materias primas, algunas de ellas imprescindibles para las nuevas tecnologías punta de la información. Aparece, otra vez, acogotado por una nueva colonización, más sutil que en el pasado, pero no menos sofocante.

A modo de conclusión

Existen mecanismos perversos para favorecer el subdesarrollo y el neocolonialismo africano. Los mismos que propician el hundimiento de las economías en otros continentes del Hemisferio Sur.

Mientras Estados Unidos y la Unión Europea subvencionen los productos agrícolas, ni África ni América Latina podrán exportar, por ejemplo, maíz o algodón, porque es imposible competir con un producto subvencionado.

Mientras los precios de las materias primas se decidan en el Norte, los países subdesarrollados o en vías de desarrollo necesitarán cada vez más toneladas de productos sin elaborar para comprar la misma cantidad de productos elaborados. Y serán cada vez más pobres, aunque tengan mucha riqueza.

Mientras los países occidentales provoquen o azucen los conflictos africanos y suministren armas a cualquier banda de disidentes locales, se desintegrarán los Estados, serán mucho más débiles y contarán menos en la escena internacional.

Mientras las multinacionales de las compañías madereras sobornen a los jefes de Estado para talar indiscriminadamente toda clase de árboles, aumentará la desertización, se prolon-



garán las sequías y se multiplicarán las hambrunas.

Mientras los países occidentales se aprovechen de una mano de obra negra barata, legalizada o irregular, con papeles o sin ellos, se arrebatará de nuevo la mejor fuerza de trabajo a los países del Sur.

Mientras no se cambie el concepto de ayuda al desarrollo, los más beneficiados serán siempre los habitantes del Norte.

Mientras los grandes laboratorios occidentales sólo investiguen para prolongar la vida de los ricos del Norte,



vigorizar su potencia sexual y elaborar pócimas para tener una piel más tersa, seguirán muriendo en el Sur millones de personas de malaria y de enfermedades perfectamente curables.

Mientras se siga mirando a África como abastecedora de materias primas baratas, incluidos los hidrocarburos, e importe un rábano qué pasa con sus 900 millones de habitantes, será muy difícil, por no decir imposible, romper los grilletes esclavizantes de la pobreza.

Mientras no se facilite el retorno a África de los más de 150.000 titulados superiores africanos que viven en Occidente, será muy difícil estimular el desarrollo y fortalecer las propias culturas.

Mientras las mujeres africanas, que son las portadoras de la vida y las grandes impulsoras de la economía informal y rural, no tengan voz para decidir y organizar la vida económica, será casi imposible romper las amarras del subdesarrollo.

Mientras no haya un trasvase creciente de las nuevas tecnologías del Norte al servicio del progreso del Sur—sobre todo en África—, y no para hacerlo más dependiente, seguirá creciendo al abismo entre ricos y pobres. Todos los descubrimientos del ser humano, todos sus avances, pertenecen a toda la humanidad o se convierten en un instrumento de dominio.

Gerardo González Calvo
Redactor-Jefe de MUNDO NEGRO

Carta de un inmigrante africano a la sociedad española

Señoras y señores de la sociedad española, las palabras no sabrían transmitir lo que siento en este momento en el que me han obligado, ¡a la fuerza!, a volver de donde vengo. No me ha dado tiempo a deciros lo que me ha empujado a emprender este largo y penoso viaje durante el cual han muerto muchos de mis compañeros de infortunio. Pensaba contárselo en persona, alguien que muestra sobre sí los rasgos de los malos tratos y de los sufrimientos de un pueblo oprimido y explotado. Pero este muro que ha sido levantado entre ustedes y yo, hace imposible cualquier encuentro verdaderamente humano entre nosotros y nos obliga a mirarnos desde lejos como el perro y el gato, aunque todos somos ciudadanos del mismo mundo. Dado que no podemos ya hablarnos, permítanme mirarles a los ojos, a través de este muro de separación en forma de alambrada, que ahora separa África de Europa y simboliza la falsedad de la relación que han creado nuestros gobernantes entre el norte y el sur. Este muro de separación, esta alam-



brada, refleja esta falsa relación en la que las materias primas que vienen del sur y los productos acabados del norte, entre ellos las armas, pueden circular, pero no las personas. Ha sido totalmente imposible encontrarnos como verdaderos hermanos y hermanas.

Efectivamente, señoras y señores de la sociedad española, yo soy africano. Vengo de un país empobrecido, un país que ha sido saqueado por las multinacionales occidentales desde hace varios siglos y que ha sufrido guerras atroces, a menudo presentadas como guerras civiles pero, en el fondo, son guerras económicas montadas con el único objetivo de enriquecerse,

al igual que los dirigentes africanos, desgraciadamente al precio de la muerte de millones de mis hermanos y hermanas. No podemos ni cultivar nuestros campos, ni dormir tranquilamente, ni pensar en el futuro de nuestros hijos y hermanos. Todo lo que producen nuestros países, sirve a otros intereses mientras nosotros nos morimos de hambre ¿De verdad no podemos construir otro mundo en el que cada persona pueda vivir en paz? Son estas guerras de las que yo huyo, así como de la miseria que han engendrado en mi país. Quiero sobrevivir y ayudar a vivir a mi familia que se ha quedado en África. No quiero morir como una rata atrapada en un incendio. Por eso, como superviviente, vengo a denunciar ante ustedes esta situación inhumana y a pedirles que nos ayuden a construir un mundo justo y humano.

En nuestros países, la muerte se ha convertido en un hecho banal; se ve morir de hambre a los niños día tras día, pequeñas enfermedades que podrían curarse fácilmente con un poco de dinero, son causa de numerosas muertes... ¡Ese es nuestro día a día! Como pueden imaginarse, es muy doloroso ver morir de hambre a un niño entre los brazos, como me ha ocurrido a veces, o haber visto morir a mi padre de una malaria sin importancia que se curaría con pocos medios, en cualquier centro de salud. Verdaderamente, ustedes ven hechos parecidos en la televisión; nosotros, por desgracia, nos codeamos con estos horrores todos los días, e incluso entre estas víctimas se encuentran nuestros propios familiares. ¿Creen que se puede soportar una vida así?

Por la noche, mientras esperamos el momento oportuno para poder franquear este muro de separación, nos decimos adiós los unos a los unos porque, en el fondo, ninguno de nosotros sabe qué tipo de cartucho utilizarán los militares que vigilan la alambrada. Y me pregunto, ¿será hoy mi último día? Pienso en los compañeros que ya han muerto en este intento y siento desfallecer mi corazón! Pienso en mi familia, en mis amigos que siguen en África, en mi futuro! ¿Qué futuro? No tengo ninguno... Me siento perdido; me siento inútil, inexistente, como si no tuviésemos ningún valor a los ojos de este mundo, como si no fuésemos más que bestias, sólo buenos para el holocausto y el sacrificio. Pero, ¡eso es injusto! ¡Tengo que saltar la alambrada! ¡Me doy cuenta de que no tengo elección! Mientras tanto, pienso en mi país, pienso en todas las riquezas naturales que tenemos. ¿Qué riquezas, me pregunto? ¡Todo lo que hay en nuestros países no nos pertenece!



¿Por qué en lugar de ayudarnos a salir del agujero en el que nos encontramos, se nos hunde cada vez más? De hecho, la miseria en lugar de disminuir en nuestros países, aumenta día tras día... Nuestros hijos se encuentran así condenados a vivir con los traumas de la miseria y bajo la amenaza incesante de las guerras. Aquellos que consiguen escapar de la guerra, imueren de hambre! ¡Estamos condenados a la miseria en países en los que el oro, los diamantes, el coltán, el cobre e incluso el petróleo, fluyen a raudales! Y, ¡siempre para el bienestar de otros! El mundo es malvado ¿verdad? No se sorprendan si lloro mientras hablo, es horrible lo que estamos viviendo. Por eso, con amargura intentaré escalar el muro cuando el momento sea favorable. Vivir o morir, ya me da igual. Nadie se preocupará de mi suerte... Díganme, señoras y señores de la sociedad española, ¿qué mal hemos hecho para merecer esta suerte?

Y mientras pasa el tiempo, siento surgir en mí otro sentimiento. ¡Este mundo puede cambiar! Nosotros también somos hijas e hijos de Dios, a pesar de la miseria y de las guerras. Por eso he decidido tentar a la suerte y venir aquí a su país, para ver si puedo encontrar un trabajo y sobrevivir. No, no crean que ha sido fácil dejar la familias, sin saber a dónde vamos, si llegaremos o si podremos regresar. Pero, ¿qué puedo hacer? No tengo elección. He corrido el riesgo de desafiar todo tipo de dificultades

y, por suerte, he podido sobrevivir. Pero me encuentro delante de este muro de separación que me impide decirles, cara a cara, mi dolor. No es normal que vivamos así, bien sabemos que es sencillamente el resultado de una injusticia establecida y sostenida por sistemas inhumanos que matan y empobrecen. Por eso vengo a pedirles que no apoyen este sistema con su silencio, que el sufrimiento que transpira mi piel les haga comprender que es imposible ser un ser humano y callar frente a estas atrocidades inhumanas.

Dios sabe que no soy ni un ladrón ni un bandido; soy simplemente el grito de una víctima, que como cualquier persona, quiere vivir con el sudor de su frente. Estoy seguro de que si conociesen mi historia y la de mis compañeros, no me obligarían a volver de donde vengo, ni me abandonarían en un desierto sin ninguna posibilidad de supervivencia. Repito, quiero vivir y ayudar a vivir a mis hermanos, ¡sólo pido eso!

¡Tras los muros de separación de Melilla, Bashige Michel, inmigrante!



¡4 millones de muertos bastan!

Campana por la paz en la República Democrática del Congo!

La guerra con más muertos del planeta, desde la 2ª guerra mundial, se está viviendo en la R.D. del Congo, pero pasa desapercibida para los medios de información, ignorando su existencia a nivel social. ¡Algo increíble en la era de la información!

En 1998, los ejércitos de Ruanda, Uganda y Burundi invadieron el Congo. Desde entonces no han cesado matanzas, robos, violaciones sistemáticas a mujeres, persecución a defensores de derechos humanos, quema de casas...

Los Gobiernos de EE UU e Inglaterra proporcionaron armamento y formación militar a los ejércitos de Ruanda y Uganda en los años previos a este ataque. ¿Objetivo? las inmensas riquezas mineras (oro, diamantes, petróleo, coltán, y otros minerales estratégicos, uranio, cobalto...) que posee el Congo. Varias multinacionales europeas (belgas y la Bayer alemana) participan en el saqueo comprando, en el mercado ilegal, los minerales que salen a través de Ruanda y Uganda. Al estar EE UU y países europeos implicados directamente en la guerra, el



Consejo de Seguridad de la ONU no adopta medidas sancionadoras contra los agresores, primando los intereses económicos y estratégicos por encima de las vidas humanas. Un ejemplo: poner al mando de los cascos azules a W. Swing, estadounidense, siendo EE UU uno de los principales responsables de esta tragedia. Los cascos azules se han mantenido frecuentemente al margen ante las masacres y las actuaciones de los invasores.

Actualmente el ejército de Ruanda sigue invadiendo el Congo ante la pasividad internacional y la inoperancia de la ONU. Quieren frustrar el proceso de paz y en consecuencia las próximas elecciones presidenciales. Pero ¿no bastan 4 millones de muertos? Hay que acabar con la inmunidad internacional de Paul Kagame y Yoweri



empresas multinacionales, que explotan las riquezas del Congo.

Que se ayude a la sociedad civil congoleña para que puedan celebrar elecciones democráticas libres y transparentes.

Que se tomen medidas internacionales para que Ruanda , Uganda y los grupos rebeldes apoyados por ellos respeten el resultado de las elecciones

Que la MONUC cumpla con su misión y se condene a los miembros que cometieron abusos sexuales indemnizando a las víctimas.

*Federación de Comités de
Solidaridad con África Negra
HIPERVÍNCULO "<http://www.umoya.org>"*

Museveni – presidentes de Ruanda y Uganda – de los grupos guerrilleros y de las multinacionales y grupos mafiosos que saquean y blanquean las riquezas del Congo y trafican con las armas.

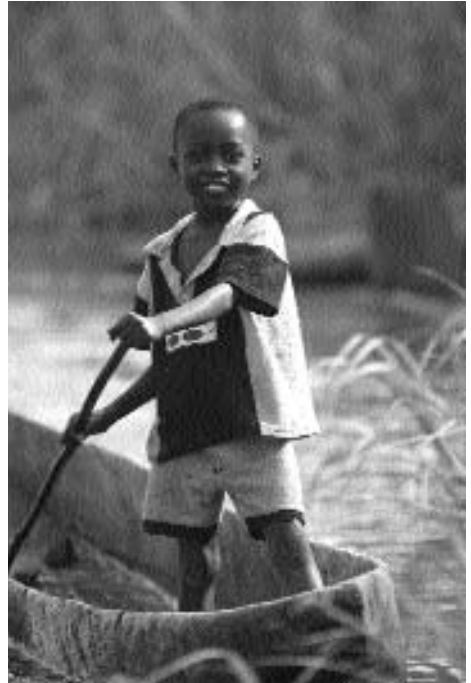
Por eso QUEREMOS:

Que acabe la agresión a la R.D. del Congo y el silencio internacional.

Que los gobiernos de Ruanda, Uganda y Burundi dejen de permanecer impunes ante el genocidio que han cometido.

Que el ejército ruandés se retire definitivamente de la R.D. del Congo

Que acaben las conspiraciones de EE UU y otros países europeos en esta guerra, en complicidad con las



Y GRITARÉ

Malditos los que abusan del pobre,
los que se creen mejores por no serlo.
Malditos los que utilizan al pobre
para enriquecerse, sin importarle su vida.
Malditos los despóticos, nepóticos
gobernantes peleles del sistema.
Malditos los que azuzan las guerras
y la corrupción para robar y saquear al pobre.
Malditos los fríos y arrogantes estrategas
que acaparan las riquezas de la tierra
gracias a sus armas y a sus bancos,
sembrando hambre, enfermedad y miseria.
Malditos los injustos dirigentes
de potencias internacionales
que hablan de los pobres como daños colaterales
y mienten, si hace falta, por sus objetivos.
Malditos los que piensan que el Evangelio
tiene poco que decir, porque esto es política.
Malditos los que rezan a una hora
y extorsionan a otra, pues cada mundo tiene sus reglas.
No recibirán esos mi abrazo.
No recibirán mi abrazo esos.
No sentaré a esos en mi mesa,
No sentaré en mi mesa a esos.
No caminaré con esos al lado,
No caminaré al lado de esos.
No llamaré a esos hermanos míos.
No llamaré hermanos míos a esos.
Preguntaré a esos por el hermano pobre,
Preguntaré por el hermano pobre a esos.
Preguntaré a todas horas,
Y gritaré con otros muchos.
Y gritaré.
Y GRITARÉ

Canción de Domingo Pérez perteneciente al libro-disco «El Congo grita, África grita» disponible en www.umoya.org

Esperamos que te haya resultado interesante este documento, al igual que nos lo ha parecido a nosotros, y por eso creemos que no podemos guardarlo en el archivo.

Por eso editamos los **Documentos del Ocote Encendido**. En ellos podréis encontrar los análisis más interesantes de América Latina. Cada documento presenta el formato de cuadernillo de unas 30-40 páginas y tenemos prevista una periodicidad de 6 números al año.

Si te interesa recibir este Documento y nuestro Boletín, rellena y envíanos este boletín de suscripción al **Comité Cristiano de Solidaridad Oscar Romero de Aragón** (c/ José Paricio Frontiáan s/n - 50.004 - Zaragoza)

DATOS DEL COLABORADOR:

Nombre y apellidos: _____
Dirección: c/ _____ nº _____
C.P. _____ Población _____ Tlf. _____

Deseo recibir:

- Deseo recibir El Ocote Encendido y los Documentos del Ocote Encendido (15,03 euros/año)**
 Deseo colaborar como socio del Comité con una cuota anual de _____ euros.

ORDEN DE PAGO A LA ENTIDAD BANCARIA:

Banco o caja _____ Dirección _____

Datos bancarios: _____ - _____ - _____ - _____

Ruego cargen a mi cuenta los recibos que por un importe de _____ euros al año/semestre, presentará el **Comité Cristiano de Solidaridad Oscar Romero de Aragón**.

Nombre y apellidos: _____

Dirección: c/ _____ nº _____

C.P. _____ Población _____ Tlf. _____

Firma: _____

También puedes encontrar el Documento del Ocote en: